

Amor al tiempo

Caminaba por el andén de camino a casa, esa pocilga en algún callejón de París, distraído por el líquido que se le escurría entre los dedos. Un agua melosa, mezcla de sudor y savia. Se decantaba desde los dedos hasta la palma de su mano, en donde comenzaba un esparcimiento que recorría el camino que abrían sus venas. Inercia pura.

Con esa misma osmosis se desplazaba el hombre paralelo a los rieles electrizantes del tren, impulsado por la gravedad y su vaga memoria, esa clase de memoria a la que le ganó la rutina, simple mecánica, entregándose a esa vorágine que conocemos como *vida*. Conexiones de metro, escaleras, escaleras, salidas, escaleras, entradas, y ya no más salidas. El tiempo corre en círculos y la costumbre tan solo presenta matices.

El viejo esta demente. En su cerebro, la sinapsis hizo corto circuito, y en su mano, una flor que recién arrancó.

En su casa lo espera su amante, mujer de exóticas proveniencias, exiliada de aquel país remoto donde dicen que nieva en el desierto. No sale de su casa. Los relojes se funden a su alrededor mientras ella admira pétrea el paisaje por la ventana. Antes, solía habitar en las lejanías del arenal desértico, en la cumbre de la más ovalada duna del lugar, desde donde se permitía contemplar la laguna que bañaba el faldón de la montaña. En invierno, dicen, el agua cristalina de la laguna se congela, permitiéndose los moradores horas de contemplación. En sus retinas se reflejaba la ventana que a la vez reflejaba el lago que a la vez los reflejaba a ellos en la cocina del hogar. Creían que entre tanto espejismo quizás se le esclarecía el alma.

Ahora, la vieja permanece petrificada ante el cristal, con la mirada perdida al parecer, tiznada por la luz de tantos atardeceres incontables y diluidos en el pasar, inmersa en la laguna de su memoria.

Mientras la vida se le pasa por delante, o más bien por detrás, el viejo, a esa misma hora exenta de toda hora, la abraza por la espalda. Como de costumbre, en un fútil instante de claridad, la mujer menea el traste contra el sillón procurando despegarlo de la tela añeja para hacerle un espacio a su compañero. Él se sienta, ya atosigado por las estrellas que le invaden la cabeza abriéndole la puerta al delirio, y contemplan el anochecer envolvente. Esa batahola negra con un aire sepulcral propio de algunos silencios, de sus silencios, y que anestesia a las almas inquietas condenadas a un presente efímero.

Para que se ilusionen un rato, que ya se nos fue el tiempo...